

## Una conferencia de Gonzalo Zaldumbide

El embajador de la república, del Ecuador en Colombia, don Gonzalo Zaldumbide es sobre todo un altísimo embajador de la inteligencia hispanoamericana, uno de los exponentes de cultura más brillantes y pulidos que tiene el continente, un espíritu profundamente equilibrado y fino. En la Biblioteca Nacional acaba de dictar este eminente diplomático de la hermana república, una conferencia, que bastaría ella sola para acreditarlo con todos estos títulos, sobre la vida accidentada, batalladora, y procerca, del marqués de Selva Alegre, héroe ecuatoriano fusilado en nuestra remansada villa de Buga, cuando en todos estos territorios de América hervía la insurrección contra España. Una de las figuras más románticas, subyugadoras, y contradictorias de nuestra emancipación la de ese "currutaco ignorante y disipado" en el concepto severo y malhumorado del sabio payanés, ese Carlos de Montufar, amigo de Humboldt, andariego, generoso, fanático de la libertad y heroico. Ese atractiva figura fue presentada por Gonzalo Zaldumbide en ese estilo suyo sobrio, purísimo, casi clásico, pero, sin embargo, profundamente humano y jugoso.

---

Zaldumbide pertenece a esa gran promoción de inteligencias brillantísimas, de cultura muy europea, muy idealistas, de sensibilidad muy aguda, para las ideas y las formas de la belleza, de curiosidad insaciable por el movimiento intelectual y artístico de Europa y especialmente de París, que aparece en Hispano América entre 1890 y 1910, que comienza con José Enrique Rodó, Rubén Darío, Lugones, Manuel Ugarte, Leopoldo Díaz, García Calderón, Gómez Carrillo, Alfonso Reyes, etc., y que en Colombia se inicia con Carlos Arturo Torres, Sanín Cano, Pérez Triana, Silva,

Valencia y se prolonga en los hombres del Centenario con Eduardo Santos, López de Mesa, Nieto Caballero y otros.

Las características comunes a todos estos espíritus, que sin disputa han contribuido tan poderosamente a modelar el carácter actual del continente, muy especialmente el colombiano, parecen ser su horror por las convulsiones armadas de nuestra América India, cierto desdén trascendental por lo tropical y por lo excesivo, su aborrecimiento de la violencia al lado de una voracidad tremenda por la cultura literaria de Europa, su curiosidad abierta a todos los vientos de las ideas, y un sello muy acentuado que los hace como nautas de esa grande "impulsión idealista" de Rodó, que es como el hermano mayor de todos y de algunos el padre legítimo. Muchos de ellos inspirados directamente en "Ariel", en los "Motivos de Proteo", en el "Mirador de Próspero". Todos caben en esa definición que hace Zaldumbide magistralmente, con el aporte de unas palabras de Rodó:

"Con su ejemplo, Rodó, dice Zaldumbide, ennobleció las aspiraciones del escritor del Nuevo Mundo, ambicioso ya de horizontes, antes que achicado y circunscrito a las pequeñeces del campanario, por lo que toca a la altura de su mirada intelectual: que cuanto al apego instintivo y la consciente predilección por la propia tierra, ninguna prerrogativa les ha mermado en su cosmopolitismo puramente abierto a la libre expansión de las ideas. Rodó quería y lo dijo él mismo, que "al lado del hijo fiel de nuestra América, que lleva entre las cosas propias de su espíritu el reflejo de cierta latitud de la tierra, esté el discípulo de Renán o de Sjencer, el espectador de Ibsen, el lector de Huysmans y de Bourget". Quería, en suma, que mantuviésemos la inteligencia franqueada a los cuatro vientos del espíritu y el corazón plantado con fuerza en lo más hondo del rincón natal".

En esa misma obra sobre José Enrique Rodó que publicó Zaldumbide en 1918 en la "Revista Hispánica", uno de los ensayos más densos y penetrantes que se han hecho en este continente, en donde materialmente exprime todo el zumo de las uvas helénicas que hay en la gran vid de Rodó, Zaldumbide, al dibujar la imagen del "escritor por excelencia" que al fin apareció en América con Rodó, parece que se hubiera propuesto trazar su propia imagen de escritor, de escritor ponderado, equilibrado, sin el desor-

den romántico, sin el libertinaje tropical, sin la estridencia mulata, sin la bohemia latinoamericana; del escritor nutrido de múltiples culturas, idealista, generoso, un tanto alejandrino y decadente. Pero es mejor que él mismo se defina aunque sin proponérselo: "el escritor por excelencia, que, uniendo a un grave y encendido amor de la verdad una sensitiva inteligencia de lo bello, fuese a un tiempo artista y hombre de pensamiento, personal y universal, sapiente y espontáneo, entusiasta y crítico, el escritor dueño de su cultura y de su personalidad en quien aparezca tan egregio el dón literario de la expresión, como lúcida y estricta la conciencia estética en la concepción; que ponga tanto escrupulo en el detalle como medida y proporción en el conjunto, y sea tan responsable de cuanto dice como de cuanto calla: género el más raro y el más necesario, en países donde la falta de tradición clásica deja a cada uno entregado a la viciosa espontaneidad nativa".

La primera vez que oí el nombre de Zaldumbide fue de labios de Teresa de la Parra, su ferviente amiga, quien me dijo un día: "Hágale una entrevista a Gonzalo Zaldumbide". Yo hice la entrevista que se publicó entonces, 1927, en las "Lecturas Dominicales" de "El Tiempo". Entonces la cabeza de Zaldumbide no tenía una sola hebra blanca. Teresa estaba en el cenit de su gloria de escritora y era una belleza radiante. Zaldumbide tenía el encargo de la novelista de "expugar" de "Ifigenia" todo lo que a su juicio allí sobrara, para una nueva edición. El crítico se hallaba un tanto perplejo ante esa tarea, y me dijo: "No siente, usted, como una música que pasa por todas estas páginas?" Entonces, ¿cómo se puede suprimir alguna?" Eso pasó en una primavera en París.

Ya Teresa de la Parra no vive. La cabeza de Zaldumbide está gris.

Y París invadido por los nazis.

Y Rodó no está de moda.

ALEJANDRO VALLEJO